

La Declaración de París

Los días 8, 9 y 10 de noviembre recién pasados se reunió en Francia el XXI Congreso de la Internacional Socialista, el último congreso del siglo XX.

Resultado lamentable la escasa difusión que en Chile han tenido los debates y los contenidos de la "Declaración de París" suscrita por los representantes de los partidos agrupados en la Internacional Socialista ya que, mal que mal, éstos constituyen hoy claramente la principal fuerza política del orbe, gobernando prácticamente la totalidad de los países de la Unión Europea y muchos de África, Asia, Medio Oriente y América Latina; sin dejar de considerar la vinculación que ha surgido en los últimos años entre esta corriente y el Partido Demócrata estadounidense, a partir de las formulaciones de Tony Blair.

En América Latina, entraremos al siglo XXI con sendos gobiernos que se reconocen como parte o muy vinculados a la socialdemocracia internacional. En efecto, es el caso de Cardoso en Brasil, de De la Rúa en Argentina, de Tabaré Vázquez en Uruguay y, por cierto, de Ricardo Lagos en nuestro país.

En la Declaración de París se deja entrever un rico debate valórico, político y estratégico; se percibe el impacto de los principales sucesos del siglo XX, tales como el fas-

cismo, el comunismo, la revolución tecnológica, el deterioro del medio ambiente y otros que han alterado profundamente no sólo el mapa político del mundo, sino incluso la geografía del planeta y nuestra propia percepción del papel que como seres humanos tenemos en él.

Ciertamente la principal afirmación de la "Declaración de París" es aquella que sostiene la primacía de la política por sobre el mercado para dar respuesta a los desafíos de la globalización. Aquí está la frontera entre el neoliberalismo y el humanismo socialista.

La reivindicación de la política como el espacio para representar los intereses generales de la sociedad, definidos por los ciudadanos de cara a su propia historia y organizados en sistemas democráticos y representativos, no es nada de baladí ni debiera dejarnos indiferentes en América Latina, en donde democracias debilitadas por el terrorismo, el narcotráfico y la corrupción han dado paso a experiencias populistas y autoritarias, como en Perú y Venezuela.

En Chile tampoco el tema es irrelevante. Nuestra democracia se ve hoy amenazada por la propuesta de "cambio" de un candidato de la derecha, que aprovecha la frustración ciudadana para desacreditar el espacio y el papel de

la política y banalizar la función del gobernante.

La gobernabilidad de la globalización exige mejorar y fortalecer la política y la calidad y extensión de la participación ciudadana, dice la Declaración de París.

En el país la política enfrenta el desafío de mejorar su calidad y de hacer efectiva la participación ciudadana. Las altas tasas de no inscripción electoral y la acogida del mensaje antipolítica del candidato de la derecha en sectores populares indican que ya no es posible sostener el sistema político con sus actuales limitaciones y características.

La política no puede limitarse a administrar el buen funcionamiento del mercado. Debe superar sus inequidades, avanzando en una real igualdad de oportunidades.

La política es responsable de fomentar la actividad, crear condiciones para aumentar la capacidad competitiva de las empresas evitando los monopolios y defendiendo los derechos de los consumidores.

La política es responsable de lograr

que los servicios públicos de transporte, energía, sanitarios y comunicaciones cumplan los requerimientos de igualar las oportunidades de todos los ciudada-

nos en todo el territorio.

La política es responsable de preservar el medio ambiente y de que las futuras generaciones puedan vivir en un mundo diverso biológicamente y descontaminado.

La política es responsable de preservar la paz y la seguridad, respetando las identidades culturales locales, aprendiendo a compartir valores diferentes pero respetuosos de derechos humanos universales.

Nada de esto va a provenir de un mesianismo autoritario o de un fundamentalismo religioso o nacionalista. Valorar la democracia, sostener la autonomía de la política, reivindicar el papel de los ciudadanos es la gran apuesta de las fuerzas progresistas para enfrentar el siglo XXI.

Por último, a nosotros los chilenos, la Declaración de París debiera interesarnos aunque sólo sea porque sostiene que "ninguna razón de Estado (...) puede justificar el genocidio o la limpieza étnica, ni amparar la impunidad de los dictadores que violen sistemáticamente derechos humanos universales".

Ricardo Brodsky B.
Secretario General
Partido Por la Democracia

En la Declaración de París se deja entrever un rico debate valórico, político y estratégico
